

1

Mueyo

–Date prisa Sumby, ¡no llevamos tabaco! venga, vamos... –instaba sin éxito Maffu a su hija que caminaba delante.

A cada paso, los pies de Sumby se hundían en la fina arena del estrecho y sinuoso camino, largo y aburrido, que discurría entre la vegetación de una fértil tierra.

Los resoplidos de la joven, sobrecargada por un cesto de paja lleno de almejas sobre su cabeza, eran casi imperceptibles, aunque no para Maffu, quien conocía perfectamente el significado de cada sonido o gesto de su hija.

En aquella ocasión, el gran saco lleno de mandioca que portaba ella misma sobre su cabeza, la impedía hacer algo por aliviar la carga de la muchacha, aguantando el dolor que hervía en su corazón de contemplar el sufrimiento y los pasos inseguros del caminar cansado de su hija que la precedía.

El regreso desde el mar era duro. Ya cargadas, primero subían desde la playa hasta un altiplano perteneciente al pueblo de Naphapha. Caminaban por el llano durante casi dos mil metros en dirección este hasta llegar a una fuerte pendiente que descendía a la vega. Caminaban durante otros doscientos metros atravesándola hasta llegar al margen izquierdo del río, para desde ahí seguir caminando en paralelo al mismo, aguas arriba.

En silencio, Maffu maldecía y se culpaba a sí misma por esa costumbre adquirida con el tiempo de acercarse a sus campos de cultivo aprovechando la cercanía de estos al camino, muy próximos a Naphapha, durante el regreso desde el mar.

En ellos cultivaba mandioca, maíz y otras verduras, cuya producción junto a la recogida de almejas en la playa, eran su principal fuente de ingresos y subsistencia.

Hasta ese momento había preferido hacerlo así a tener que invertir otro día exclusivamente en esas tareas agrícolas, pero comenzaba a dudar si el esfuerzo realmente merecía la pena.

—No podemos seguir haciéndolo de esta manera, ¡no puede ser! —pensaba, no de una forma egoísta, sino por Sumbu, que continuamente se llevaba su mano derecha a la cintura

tratando de aliviar un suave dolor que poco a poco se iba incrementando.

Maffu perdida en sus pensamientos y su mirada clavada en el suelo, oyó un nuevo resoplido de su hija precediendo al ruido de caer su cesto al suelo, algo que la sobresaltó e hizo perder el equilibrio del saco que portaba sobre su cabeza.

–Lo siento mamá, lo siento –dijo Sumbly con una expresión tímida y avergonzada, mientras olvidando su cesta, corría para ayudarla a recuperar el equilibrio y a bajar el saco de mandioca al suelo.

Maffu, a pesar de intentar ser amable con Sumbly, solo pudo emitir una voz exhausta y un suspiro.

–Está todo bien hija, esta todo bien, no deberíamos... –suspendió las palabras y miró al cielo, que ya se tornaba oscuro, para ver el *nwahuluana*¹ que con su inconfundible *kwe-kwe-kwe* anunciaba los últimos rayos de Sol. Simultáneamente, madre e hija bajaron la cabeza cruzando sus miradas, sobran las palabras, pensaban en que debían de atravesar el río y que con el anochecer se complicaba.

1 **Nwahuluana.** Ave que normalmente solo canta al amanecer y al anochecer con un particular *kwe-kwe-kwe*.

La única opción que les quedaba era la de llegar al puente que atraviesa el río en dirección a Nhapossa lo antes posible, antes de que la noche se les echara encima.

–Vamos –dijo Maffu y en pocos minutos estaban de nuevo con los fardos sobre sus cabezas, andando por ese camino que ya las sombras del anochecer comenzaban a cubrir.

La frondosa vegetación formada por hierbas altas, juncos y cañas de ese tramo del camino junto al río impedía caminar rápido; ni ver mucho más allá de unos cuantos metros por delante de ellas, incluso si hubiera más luz de la que el ocaso ofrecía.

El arenoso sendero serpenteaba paralelo al río Guiúa, -que en lengua bitonga significa desierto- en contraste con la fértil tierra que cruza y debiendo su nombre a que en aquella región, en el principio de los tiempos, eran tierras estériles en las que sólo había dunas de arena, pero las aguas de lluvia y del propio río, las tornaron ricas y cultivables.

El Guiúa, apenas un arroyo en épocas secas y caudaloso en las lluviosas, parte en dos la vega, la cual es flanqueada por dos grandes llanos elevados una decena de metros sobre el nivel del río, el derecho perteneciente al pueblo de Nhapossa y el izquierdo al de Nhaphapha.

Al llegar a un punto intermedio en una línea recta imaginaria que une los dos pueblos, el camino giraba ligeramente hacia la izquierda y se abría un pequeño claro.

Ante sus ojos aparecieron los dos enormes troncos que cruzaban el río, formando un sólido puente para atravesarlo.

–Seguimos Sumbly, no paramos, no perderemos tiempo en esperar a nadie –dijo Maffu agitada e inquieta cuando se aproximaban al puente, confiando en que con la débil claridad que aún había, podrían cruzar al otro lado sin mayores complicaciones.

La estricta educación de Sumbly, adquirida durante los ritos de iniciación, la exigía una fiel obediencia a lo que los mayores dicen, regla que era aún más inquebrantable cuando se trataba de su madre.

En esta ocasión la situación era excepcional, redujo el ritmo de sus pasos y se apartó al borde del camino, donde quedó aterida por el miedo, con un cosquilleo sobre su cabeza y un escalofrío, que como un latigazo, recorrió todo su cuerpo. Miedo que por un instante se vio aliviado al sentir la mano de su madre sobre su hombro.

Maffu y Sumbly paralizadas, veían sobre el puente la figura de una mujer de cabello largo y liso que la ocultaba el rostro.

Cuando meses atrás, esa mujer comenzó a aparecer por la noche sobre el puente al poco tiempo de su desaparición, los *régulos*² de los poblados de uno y de otro lado del río pidieron la ayuda de poderosos chamanes de Nhapossa, Nhaphapha y pueblos cercanos. Estos, después de varios *ku femba*³, consiguieron comunicarse con ella, haciéndoles saber sus condiciones.

–Para que cualquier persona pueda cruzar mi puente después del anochecer, tendrá que dispersar *Rapé*⁴ para mí. Deberá hacerlo antes, durante y después de cruzar, echándolo siempre por el lado por el que viene el agua. Si alguien osara desafiar esta condición, esa persona será poseída por mí y caerá al agua quedándose conmigo para siempre.

Esta condición se hizo pública para el conocimiento de todos los habitantes de la zona y por supuesto también para Maffu y Sumbly.

2 **Régulo.** Máxima autoridad en una población o conjunto de poblaciones. Siempre se trata de hombres de edad avanzada, siendo frecuente el más anciano.

3 **Ku femba.** Es un ritual realizado exclusivamente por chamanes, cuyo objetivo es comunicarse con antepasados. En casos de enfermedad, descubren si algún hechicero pudiera haber practicado magia negra con el enfermo.

4 **Rapé.** Tipo de tabaco de oler y mascar en forma de hierba, aromático y muy utilizado por chamanes.

–Mamá volvemos, mamá, ¡tenemos que volver! –
Sumbly repitió insistentemente con voz fallida hasta que alcanzó un volumen suficiente para llegar a los oídos de Maffu.

Juntas vencieron al miedo que las paralizaba y salieron de la inmovilidad en la que se encontraban, girando sobre sí mismas y volviendo sobre sus pasos, alejándose de los troncos.

Se oyó un chapoteo que las hizo girar la cabeza y ver que la mujer ya no se encontraba sobre el puente, había vuelto a saltar al agua.

Casi al mismo tiempo, escucharon las voces de dos hombres que terminaban de cruzar desde el otro margen del río, venían desde Nhapossa y ya habían dispersado el tabaco.

–Venid, acercaos, esperaremos aquí hasta que paséis vosotras. Tenemos bastante *rapé*, os daremos un poco.

Maffu se apresuró muy agradecida por el alivio que llegó en un momento tan oportuno, Sumbly la seguía muy despacio, aún paralizada por el miedo e insegura.

–Chica, toma tu también y pasad rápido mientras nosotros estamos aún aquí, despacio y con cuidado, ¡con estas cosas no se juega! –decía el hombre de mayor edad, mientras daba un poco de tabaco a Maffu, quien aspirando su fuerte olor, se lo agradeció.

–Ponte delante y vamos –ordenó Maffu a Sumby, dándole un poco del *rapé*.

–No mamá yo te sigo, voy detrás de ti –contestó con la voz aún temblorosa, para enseguida seguir a la madre con un andar cauteloso y asegurando sus pasos sobre los troncos, al tiempo que miraba de reojo al agua y dispersando con su mano derecha el *rapé*.

Tan pronto como terminaron de cruzar, Maffu se detuvo y se volvió para saludar con signos de agradecimiento a los dos hombres, aunque estos ya seguían su camino.

Sumby se apresuró y se puso delante de su madre.

Envueltas por un tenso silencio, las dos subían por el estrecho y empinado camino que las llevaba a casa.

2

Dzimbili

Algunos años antes...

Una anaranjada claridad anunciaba un nuevo día e iluminaba poco a poco Nhapossa, pequeño pueblo formado por cabañas agrupadas en conjuntos familiares, eclipsados unos de otros por la copiosa vegetación...

NHANGA RUME **Un puente en la oscuridad**

Francisco Asensio López
www.ac-matola-rio.com